



## UNA PÁGINA

DE LA

### HISTORIA DE LA ENSEÑANZA POPULAR EN SUIZA.

(Conclusion.)

#### VI.

Acaso alguno creará que el fatal resultado de su primer ensayo le desanimó. Todo al contrario; ahogó su sentimiento, sufrió en silencio y se dispuso á emprender otro camino. Se hizo escritor.

En su libro *Leonardo y Gertrúdis* dejó vertoda la grandeza de las ideas de que se hallaba animado. En él demostraba á las clases inferiores lo horrible del estado de abyeccion en que se encontraban; ponía ante sus ojos los grandes males que la ignorancia acarrea, y hacia, en una palabra, luz en aquellas inteligencias

adormecidas. Por otra parte se dirigia á los ricos y poderosos, y ¡cuán amargas eran las quejas que les dedicaba! Proponíales al mismo tiempo medios para que, pensando en la suerte de las clases menesterosas, les aliviasen de sus penalidades y miseria.

Sopló entónces el viento de la fortuna para Pestalozzi. Sus escritos fueron leídos con gusto y aún con avidez; adquirió consideraciones que bien merecia; hombres ilustrados y poderosos de todas las naciones más civilizadas de Europa le ofrecian su apoyo, y un porvenir lisonjero se presentaba á su imagi-



nacion. Ilusiones, y no más que ilusiones.

En aquel tiempo el zumbido del cañon guerrero resonó en Suiza, y al contemplar Pestalozzi desde el Brauneke las llamas del incendio de Stanz, creyó llegado el momento de volver á su primera empresa. Pero el nuevo establecimiento de Stanz, donde recogió todos los huérfanos, todos los niños abandonados pertenecientes á familias arruinadas ó dispersas por la guerra, no produjo mejores resultados que el de Neuhoof.

Él, sin embargo, no desmayaba. En medio de los sangrientos combates entre los franceses y los austro-rusos; en medio de las contiendas que aún producian entre los cantones las opiniones religiosas, Pestalozzi velaba por la suerte de los niños desgraciados, buscándoles asilo, pidiendo al gobierno recursos y cuidando al mismo tiempo de su educacion moral é intelectual.

## VII.

Digamos ahora algo del método de educacion de Pestalozzi.

Ocupado aquel hombre pensador en buscar los medios de reformar la educacion del pueblo, cayó en sus manos, segun un autor refiere, el *Emilio*, de Rousseau. Algo bello encontraba en el libro del filósofo de Ginebra; pero no estaba conforme con él en cuanto al fin que se proponia con su método de educa-

cion. Necesitaba formar hombres convenientemente dispuestos para la vida social, y no eran por cierto las máximas del *Emilio* las que á ello podrian conducirle. Quería además descubrir nuevos procedimientos que redujesen la enseñanza á sus términos más elementales; en una palabra, pretendia, como dice un escritor, investigar cuál debia ser el camino trazado por la Providencia para la educacion de la especie humana.

El método de educacion de Pestalozzi llegó á conseguir algo de su objeto. Sus resultados eran asombrosos, como lo prueba el siguiente párrafo del acta publicada por la comision de vigilancia de las escuelas de Berthoud:

«A pesar de que tenemos por exageradas las esperanzas de Pestalozzi, hemos de reconocer que ha conseguido sorprendentes resultados. Ha demostrado que el más tierno niño posee ya fuerzas intelectuales y morales; ha mostrado el medio de desarrollar cada una de sus fuerzas, de descubrir los talentos naturales y de ejercitarlos de manera que alcancen el objeto para que la Providencia los ha destinado. Discípulos de disposiciones muy distintas han hecho adelantos sorprendentes, probándonos así que cada niño es apto para una cosa si el maestro sabe descubrir sus disposiciones y ponerlas en accion.»



Pues bien; á pesar de esto, á pesar de los beneficios que á la educacion y á su patria dispensaba, á pesar de que todos conocian la importancia de la reforma de Pestalozzi, no por eso cesaron sus desgracias. Al contrario, cuanto más adelantaba en sus trabajos, más enemigos adquiria.

¡Triste condicion humana, que sostiene en perpetua lucha las pasiones más ruines del corazon y sus más hermosos sentimientos!

#### VIII.

Fatigado de espíritu y de cuerpo, abatido por sus constantes trabajos, desgarrado su corazon por la ingratitud con que recompensaban sus afanes, Pestalozzi se encontró al borde de la tumba. Pero su mision estaba cumplida. Las semillas de su sistema se habian arrojado.

De su instituto de Iverdon habian salido maestros á todas las naciones, encargados de esparcir por todo el mundo las bases del nuevo método de educacion, y esto le satisfacia. «Estoy en mi lecho de muerte, dice en su última obra, y toco al término de mi carrera. Hubiera querido vivir algunos meses, tanto para la terminacion de mi obra como para justificarme; pero estoy resignado y muero con placer... ¡Ojalá que mis cenizas—decia más adelante—hagan callar las pasiones desenfrenadas de mis enemigos, y

mi última excitacion les induzca á ejecutar lo que es justo con la tranquilidad, dignidad y decoro que conviene á los hombres! ¡Ojalá que la paz en que entro traiga la paz á mis enemigos! En todo caso les perdono, bendigo á mis amigos y espero que recordarán con amor al difunto, y que hasta despues de su muerte secundarán con todas sus facultades los esfuerzos á que ha consagrado su vida.»

Pestalozzi murió, pues, compadeciendo á sus enemigos y bendiciendo á sus amigos: era lo mismo que habia hecho durante su azarosa existencia.

La posteridad le está reconociendo. Nuevos adelantos han venido á demostrarnos que el método de Pestalozzi era incompleto; pero la memoria de aquel grande hombre siempre será bendecida por los que aman el bien de la humanidad.

#### IX.

Cerremos ya el libro de la historia. Se oprime dolorosamente el corazon al considerar ciertas escenas de la vida.

En todas épocas han tenido un poderoso influjo las pasiones en el hombre. Hoy mismo es tan frecuente como repugnante encontrar al paso seres ruines y despreciables prestando culto á las más viles pasiones, ofreciendo incienso en las aras de un positivismo horroroso,



é inclinando sus indignas frentes ante las imágenes elevadas por el servilismo, para hundirlas luego degradadas entre las sarcásticas risas de la sociedad.

Vosotros, jóvenes entusiastas, los que teneis en la mente fija la idea del bien de la humanidad, prepa-

raos y fortaleceos para que con ánimo sereno y corazón tranquilo paseis sobre las borrascas de la vida como el navegante que se dirige á seguro puerto.

JAVIER ALVAREZ LINDE.

## NO LLORES, MADRE.

Dime, madre, ¿por qué lloras?  
 ¿Por qué escalda tus mejillas  
 Ese llanto, y de rodillas  
 Así á la Virgen imploras?  
 Dí, ¿qué desgracia te oprime  
 Que falta estás de color,  
 Y un suspiro de dolor  
 Tu pecho en vano reprime?  
 Respóndeme, que me aflijo  
 Al observar tu quebranto.  
 ¿Por qué si tu duelo es tanto  
 No le partes con tu hijo?  
 En tus horas de alegría  
 Conmigo el gozo partiste,  
 Hoy estás llorosa, triste...  
 Parte también, madre mía.  
 ¿Por qué suspiras así?  
 ¿Qué desgracia te asaltó?  
 —Hijo, tu padre murió,  
 De hoy más, ¿qué será de mí?  
 —¿Murió mi padre?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace seis meses.

—¿Y cómo?

¿Quién le dió la muerte?

—El plomo,

En la guerra peleando.

Militar, noble, valiente,  
 Por su patria dió la vida.

—¿De qué murió?

—De la herida

Que hizo una bala en su frente.

Seis meses há que ignoraba

Su muerte y hoy la he sabido,  
 La carta que he recibido  
 Esa noticia me daba.  
 Para siempre concluyó  
 Mi dicha, y desesperada,  
 Sola y triste, ya no hay nada  
 Para mí.

—Dí, madre, ¿y yo?

¿No soy nada para tí?  
 ¿No puedo aliviar tu duelo?  
 ¿No hallarás en mí consuelo?  
 Dí, madre, responde, di.  
 —¡Pobre niño! Desvarío!  
 Noble, aunque inútil afán!  
 Muerto tu padre, ni aún pan  
 Podré darte ya, hijo mío.  
 Viuda y sola, mi dolor,  
 En vez de disminuir,  
 Al verte de hambre morir  
 Será cada vez mayor:  
 Por eso triste me aflijo.  
 ¿Qué será de tí sin padre?  
 —No llores por eso, madre,  
 No tengas pena por tu hijo;  
 Ten fe y esperanza en Dios,  
 Que el consuelo nos dará,  
 Y su amor nos prestará  
 Calma y valor á los dos;  
 No te abandones así  
 A tormento tan cruel,  
 Reza tú, madre, por él:  
 Yo trabajaré por tí.

VENTURA MAYORCA.



## LA AMBICION.

CUENTO.

Cuentan las crónicas de los tiempos en que el alma de Garibay andaba por los espacios, que un pescador, pobre como el símbolo de la pobreza, habia tomado por esposa á una mujer tan terca y de un genio tan agrio, que el pobre maldecía interiormente el momento en que tuvo la debilidad de casarse con ella.

Habitaban juntos una cabaña, si merece este nombre la union de cuatro tablas y un poco de tierra húmeda á las orillas del mar, por ser el mar el que proporcionaba el sustento á nuestro matrimonio, dando prodigios á sus redes besugos, carpas, barbos y sardinas.

Sucedió, pues, que un día nuestro pescador, á quien llamaremos Mateo, habia estado tendiendo sus redes vanamente en las horas de mayor sol, y ya desesperado las retiraba por última vez, decidido á marcharse, cuando notó que no estaban vacías.

Apresuróse á sacarlas, y lleno de júbilo avanzó la mano para sacar á un hermoso barbo que coleaba entre las mallas; pero quedó sobreco-gido de espanto al oír que le llamaba por su nombre.

Pegó un brinco hácia atras, y no

sin pavora escuchó que el pez le decia: «Mateo, vuélveme á echar al agua, y mi reconocimiento será eterno. Soy un príncipe encantado, y haré por tí cuanto quieras; á más



de que no estoy bastante gordo para ser comido, mi categoría y mis desgracias me hacen inviolable.»

Mateo, que no las tenía todas consigo oyendo hablar á un pez, le soltó al momento, y el barbo desapareció entre las aguas dejando en la superficie una porcion de espuma.

El pescador volvió á su choza pensando en el príncipe encantado, y en toda la noche no pudo conciliar el sueño.

Su mujer le abrumaba á preguntas, y Mateo, á la madrugada, le contó de pé á pá todo el lance, por lo que ella le dijo:



—Mateo, eres un asno.

Mateo, acostumbrado á tales flores, en vez de ofenderse, no hizo más que preguntarle la causa, y Cándida, pues era Cándida de nombre, le repuso:

—¿Por qué me preguntas? ¿Conque tras de no comer nada en todo el día de ayer, pescas un príncipe encantado y le dejas escapar sin pedirle siquiera una casa más decente que esta? Vete á buscarle, que no tendrá dificultad en hacerlo, anda.

Mateo, para quien era una orden cualquier capricho de su esposa, marchó á obedecerla, aunque dudando del éxito.

Llegado que fué al término de su camino, vió las ondas que apaciblemente bañaban la arenosa playa salir presurosas á su encuentro hasta mojar sus piés.

Entónces, con voz temblona y dirigiéndose al agua, exclamó:

Príncipe, que el tiempo  
En barbo volvió,  
Si de mí te acuerdas  
Escucha mi voz.

Y las ondas se dividieron para dar salida á la cabeza del pez, quien preguntó á Mateo qué se le ofrecía.

—¡Ah! señor—dijo éste, quitándose el sombrero humildemente;—mi mujer cree que debierais haber pagado vuestra libertad dándonos una cabaña que fuera habitable.

—Vuelve, que ya lo tienes.

Desapareció el barbo y Mateo se

dirigió á su choza, cada vez más pensativo; pero subió de punto su sorpresa al ver que aquélla habia desaparecido, estando en su lugar una bonita y espaciosa cabaña, que más parecia una granja, por el jardín, huerta y demas comodidades, que nunca habia soñado poseer.

Cándida estaba sentada á la puerta, y así que vió á Mateo le agarró por la mano y le mostró las piezas interiores, limpias y bien arregladas, por lo que no pudo ménos de exclamar: «¡Qué felices vamos á ser aquí! Espero que ya estarás satisfecha...»

—Lo pensaremos — le repuso Cándida.

Y pasaron ocho días.

Al noveno estaba Cándida agitada.

Al décimo no pudo dominarse, y dijo al pescador:

—Mateo, esta casa tiene muy pocas comodidades. El barbo que te debe la vida podria muy bien darnos un castillo en señal de agradecimiento, y no esta cabaña en que no puedo respirar libremente. Anda, ve á buscarle, que puede muy bien hacerlo.

—Pero, mujer—le contestó Mateo,—¿no tienes bastante con una casa que tan léjos estábamos de soñar? Mira que la avaricia rompe el saco, y que el barbo no podrá darnos un castillo.



Cándida hizo un gesto imperioso, y Mateo, contra su voluntad, marchó á obedecerla.

Llegó á la orilla del mar.

El agua estaba agitada y de un color amarillento; las olas se estrellaban impetuosamente contra los peñascos y el sol lucia con muy tenue resplandor.

Mateo se adelantó con el sombrero en la mano, y aunque más muerto que vivo, dejó escapar estas palabras:

Principe, que el tiempo  
En barbo volvió,  
Si de mí te acuerdas  
Escucha mi voz.

Y el pez volvió á sacar su escamosa fisonomía, para preguntarle:

—¿Qué se te ofrece?

—¡Ah señor!—repuso Mateo;—mi mujer quiere un castillo...

—Vete á buscarla, que ya lo tiene—dijo el barbo desapareciendo entre el espumoso oleaje.

El pescador se marchó, y al llegar al sitio en que estuviera su habitación, la encontró cambiada en un magnífico castillo.

Cubriendo el foso que lo rodeaba se veía el puente levadizo, y entre las almenas de la torre se hallaba su esposa Cándida, cubierta de galas, y que al verle bajó hasta el patio adornado de mil trofeos militares y de caza.

En todo el castillo reinaba gran animacion, y una infinidad de don-

cellas recibieron á Mateo, cubriéndole con un jubon de terciopelo verde bordado de oro, y perfumando todo su cuerpo con escogidas esencias.



Mateo las dejaba hacer, porque la condicion humana no extraña ninguna mejora en las costumbres.

Cogió á Cándida del brazo, y juntos recorrieron las cámaras espaciosas, amuebladas con el mayor gusto y riqueza.

Llegó la noche, y al acostarse en un lecho de bordadas colgaduras y colchones de pluma, no pudo ménos de exclamar:

—¡Qué hermoso es todo esto!...

Espero estarás contenta y no ambicionarás nada...

—Lo pensaremos despacio—le contestó su mujer; y ambos se entregaron al sueño, sin echar de ménos el tablado y el jergon de paja que hasta entónces habian usado, ni desvelarles el cuidado de un mañana que tenía que llegar.

Cándida fué la que primeramente despertó, y dándole un codazo, dijo á su marido:



—Mateo, soy muy desgraciada.

El barbo ha sido muy ingrato dándonos en premio del rescate de su vida este castillo únicamente. Yo necesito ser reina.

Mateo se estremeció, pues le desagradaba la ambicion de su mujer.

—¿Y para qué quieres ser reina?—le dijo.—¿No te bastan las mil comodidades que te rodean, las cien doncellas que esperan tus órdenes y adivinan tus deseos! Además que el barbo no te puede hacer reina: es imposible.

—Anda, maridito mio, sé complaciente; y con una coquetería á toda prueba, se colgó de su cuello, abrazándole con amor.

Mateo no pudo resistir á las caricias, como no podia resistir á las amenazas, y se dirigió á la playa, aunque murmurando por el camino: Esto no está en el orden... esto no es regular...

Al llegar cerca del mar vió las aguas agitadas y de un color ceniciento, exhalando un olor fétido.

Se adelantó temblando y exclamó con la voz con que el criminal arrepentido confiesa su delito:

Príncipe, que el tiempo  
En barbo volvió,  
Si de mí te acuerdas  
Escucha mi voz.

Y el príncipe convertido en barbo asomó la cabeza á la superfi-

cie para preguntarle qué le quería.

—Ay, señor,—dijo el pobre hombre dando vueltas á su gorra entre las manos, mi mujer dice que se ha portado Vd. con mucha tacañería al darle el castillo, y quiere ser reina.

—Vete á buscarla, que ya lo es.

Y volvió á sumergirse en las aguas.

Mateo siguió el camino por que habia marchado tantas veces mientras fuera pescador, y al fin de él se encontró un magnífico palacio, todo de mármol y de oro, á cuya puerta estaban la guardia y una infinidad de guerreros, cuyas corazas lanzaban mil rayos al resplandor del sol.

No bien le divisaron, acudieron, y una charanga de cazadores (pues el país este conocia las charangas ántes que nosotros), tocó durante el tránsito del primer patio la marcha real.



M. OSSORIO Y BERNARD.

(Se concluirá.)



## LA LECCION DE LA ABUELA.



CUADRO DE D. GERARDO MELENDEZ; DIBUJO DEL MISMO; GRABADO DE MASSI.

Acertadísimo ha estado el jóven artista Sr. Melendez al trasladar al lienzo la tranquila escena de familia que reproducimos en nuestro grabado. Las sencillas lecciones recibidas de labios de los padres en los primeros años de la vida, encierran siempre los mayores encantos y ejercen poderosa influencia en los futuros destinos de la criatura. Y cuando estas lecciones se hallan revestidas de la autoridad que presta la experiencia y son hijas del más acendrado cariño, las criaturas las reciben con recogimiento y atención, proponiéndose no olvidarlas nunca.

Cualquiera que vea la graciosa composicion que antecede, no podrá ménos de elogiar, así la sencilla belleza del asunto como el acierto de su ejecucion.



# LA HIJA DE JEPHTÉ.

LEYENDA BÍBLICA.

## I.

—«Ciñe la espada: á nuestro amparo acu-  
Tú el príncipe serás en nuestra tierra: (de:  
Justo es que en los azares de la guerra  
El esforzado al impotente ayude.»  
«El pueblo de Israel en tí confía  
Para vencer al amonita fiero:  
Ciñe ¡oh Jephthé! tu victorioso acero.  
Arma á tu gente, y sirvenos de guía.»

Así clamaban débiles ancianos  
Ante un hombre de enérgico semblante,  
Curtida tez, mirar centelleante,  
Brioso corazon y hercúleas manos:  
Quien grave al pronto, mas al fin vencido  
Al ruego humilde y reiterado empeño,  
Desarrugando el nebuloso ceño  
Y dando sus agravios al olvido:

—«Basta,» les contestó. «Si en tal jornada  
Necesitais mi vigoroso aliento,  
Si juzgais que mi espúreo nacimiento  
No ha de empañar el brillo de mi espada;  
Si al proscripto acudís, hoy que os abate  
El empuje invasor del enemigo,  
No os quiero abandonar, venid conmigo  
A arrostrar los peligros del combate.  
Mas ántes, esperad: ninguno apreste  
Sus armas, ni coloque su esperanza  
En la acerada punta de su lanza  
Ni en el valor de mi aguerrida hueste.  
A los hijos de Amon buscad primero,  
Y á su rey preguntadle en nombre mio  
Por qué invade el país, y arrasa impío  
Cuanto halla en su funesto derrotero:  
Qué afrentas lava, qué razon pretende,  
Qué ambicion desmedida satisface,  
Qué busca, adónde va, qué fieros hace,  
A quien ni le provoca ni le ofende.»

Y partieron de allí los mensajeros,  
Y al invasor en su camino hallaron,  
Y en nombre de Jephthé le interrogaron  
Sin mostrarse humillados ni altaneros.  
Y el rey de Amon, con altivez les dijo:  
—«Yo esta tierra á mi pueblo restituyo,  
Y á darles posesion de lo que es suyo  
Por ciudades y aldeas me dirijo.  
Si paz quiere Israel, y á ella me invita,

Ceda el campo al poder de mis legiones.»

Y excusando advertencias y razones,  
Terminó su respuesta el amonita.  
Llevada fué á Jephthé; mal satisfecho  
Escuchóla el caudillo denodado,  
Su sangre se encendió; mas del soldado  
El fiero impulso refrenó en su pecho.  
—«Id otra vez, les dijo á sus secuaces,  
Y hacedle ver á mi adversario injusto  
Que quiero paz, que á la razon me ajusto  
Sin pretextos, ni engaños ni disfraces.  
Que nuestro Dios nos concedió esta tierra  
Que hacé trescientos años poseemos;  
Que la hemos conquistado, y la debemos  
Además al derecho de la guerra;  
Que el tiempo sancionó nuestra conquista  
Respetada de pueblos y naciones;  
Y... que emplee el valor de sus legiones  
Donde el derecho y la razon le asista.»

Mas en vano marcharon y volvieron  
Los hijos de Israel con su mensaje, (traje  
Que Amon nada escuchó, y un nuevo ul-  
En la nueva respuesta recogieron.

Y entónces ya Jephthé llamó á su gente,  
Y dando suelta al comprimido enojo,  
Y ansiando ver su acero en sangre rojo,  
Así les arengó con voz potente:  
—«¡Sús! camaradas: ya llegó el momento  
De mostrar el poder de vuestros brazos:  
La soberbia de Amon rompió los lazos  
Que enfrenaban ayer nuestro ardimiento!  
¡Respire el genio de la guerra, y ruja  
En fiera lid con indomable saña!  
¡La justicia de Dios nos acompaña,  
Y el encono del hombre nos empuja!  
¡Seguidme todos, que el Señor piadoso  
Me entregará humillado al enemigo;  
Y si tan alto galardón consigo,  
Cuando vuelva á mi casa victorioso,  
La primera persona que saliere  
A darme el parabien de la jornada,  
Ofrezco que será sacrificada.  
En el altar de Dios, sea quien fuere!»

Y más no dijo, y con febril presteza  
Ordenó sus caballos y peones,  
Y dueño de mil bravos corazones  
Se puso de su hueste á la cabeza.



De Masfa parte ya firme y sereno;  
Ya el llano cruza y la montaña sube  
Envuelto en polvo, cuya densa nube  
Horrible tempestad lleva en su seno.

Ya traspone y se oculta; ya al oído  
Apénas llega el militar estruendo;  
Ya el pajarillo que saliera huyendo  
Vuelve á buscar la calma de su nido.

## II.

Ella: No preguntéis cuál fué su nombre,  
Que no se ha escrito en las sagradas pá-  
De la historia del pueblo israelita (ginas,  
Porque velado entre tupidas gasas  
Le ocultó la modestia, á quien ofenden  
Las vocingleras trompas de la fama.

Pero un ejemplo nos quedó en la tierra,  
Pero la historia consignó una hazaña  
De abnegacion y de virtud sublime,  
Cuya heroína es ella. Flor galana  
Que ocultó entre el follaje sus colores,  
Y que esconder no pudo su fragancia.

Si era ángel ó mujer, no nos lo dicen  
En su eco fiel las tradiciones santas;  
Mas fuera igual, pues uno y otro nombre  
De un mismo sér al corazon nos habla.

Si fué gentil, si en su mirada dulce  
Brilló un tesoro de inocencia y gracia,  
Y si en su rostro derramó sus dones  
El divino Jehová con mano franca,  
Bien se puede afirmar, pues escogida  
Del Señor, y á su reino destinada,  
Ella no pudo ser ménos hermosa  
Que Eva, Raquel, Esther, Judit y Sara.

Su padre era Jephté, de Salaad hijo,  
Aquel guerrero que partió de Marfa  
Invocando con bélico ardimiento  
Los nombres santos de justicia y patria;  
El mismo que empeñado en el combate  
Há dias ya que de su casa falta,  
Donde ella mora y con filial cariño  
Se agita entre el temor y la esperanza  
Al ver que nadie trae dichas nuevas,  
Y que el caudillo de Israel ya tarda.

En vano á las más altas azoteas  
Ella se asoma, y fija su mirada  
En el vasto horizonte, que parece  
Insensible á sus penas y á sus ansias.

En vano escucha, y al rumor lejano  
Que el viento mece en sus volubles alas,  
Pregunta si trae ayes y lamentos  
Ó victores y aplausos entusiastas.

Nada responde el eco, y entre tanto

Una vez y otra vez despierta el alba,  
Y brilla el sol, y sigue su carrera,  
Y declina despues, y al fin se apaga.  
¿Presiente acaso la doncella hermosa  
Lo que entre tanta incertidumbre aguarda?

Mas el tiempo, que á todos satisface,  
Calmó tanta ansiedad, y una mañana  
Gritos de triunfo en Masfa resonaron,  
Y vióse aparecer en lontananza  
Á Jephté y á su hueste vencedora,  
Que sin cesar con júbilo le aclama.  
Él es: no hay que dudar; viene en su carro  
Que el rey Amon en su despecho arrastra  
Sufriendo el yugo al par de los guerreros  
Que en su campo gozaron mayor fama.  
¡Oh qué alegría!... Él es... La vista apénas  
Puede mirar el brillo de sus armas.  
Parece que otro sol nace al Poniente  
Y á la ciudad esplendoroso avanza.

Hijas de Sion, corred á los jardines,  
Buscad en ellos primorosas galas  
Para ofrecer al héroe que ya llega  
Coronas de laurel, flores y palmas.

Salid á recibirle presurosas,  
Festeadle con músicas y danzas,  
Y bendecid al Dios omnipotente  
Que escuchó vuestros ruegos y plegarias.

Mas ¡ay! que cuando á tantos corazones  
El colmo de la dicha les embriaga,  
El colmo de la pena al más felice,  
El dolor más acerbo le prepara.

Jephté, de tanto aplauso rodeado,  
Al llegar á las puertas de su casa,  
Ve salir á su encuentro á una doncella  
Que es entre mil y mil la más bizarra,  
La que ostenta más plácida sonrisa,  
La que es el embeleso de las almas;  
Y cuando ella radiante de alegría  
Viene á ofrecerle la mejor guirnalda,  
El guerrero la mira, y se estremece,  
Y la sorpresa y el dolor le arrancan  
Un grito lastimero, y cual si el rayo  
Su corazon valiente traspasara,  
Cae desplomado al suelo, sin sentido,  
Mudada la color, perdida el habla,  
Mientras el pueblo al ver á la doncella  
Exclama con horror: ¡Ah desdichada!

.....  
Jephté torna á vivir; mas entregado  
Á su dolor, sus vestiduras rasga;  
Deja que el llanto inunde sus mejillas;  
Con ambas manos temblorosas, trata  
De contener la encarnizada lucha



Que su afligido corazon desgarrar,  
Y llamando á su hija, al fin la dice  
Con balbuciente voz:—«Hija del alma,  
Yo prometí al Señor, que si en la guerra  
A los hijos de Amon nos entregaba,  
Le haria el sacrificio del primero  
A quien viere hoy salir de nuestra casa.»

«Él te ha escogido: Tu inocente vida  
Y este dolor que hiere y que no mata,  
El precio son del triunfo que logramos;  
Deudas que á tí y á mí Dios nos demanda.»

Calló Jephté, y entónces:—«Padre mio,  
Ella le dijo: «Cumple tu palabra,  
Y bendice al Señor que tanta gloria  
Te concedió por tan mezquina paga.»

«Si Él lo quiere, y es ley que con mi vida  
Y que con tu dolor le satisfagas,  
Advierte en cuánto estima tus afectos  
Quien los exige y para sí los guarda.»

«Cúmplanse en ti y en mí sus altos fines,  
Y sirvan de holocausto ante sus aras  
Las ilusiones de mis cortos años  
Y de los tuyos la pesada carga.»

Esto oyendo Jephté corrió á los brazos  
De aquel ángel de Dios que así le hablara,  
Y ambos á dos con humildad sublime  
Unieron sus sollozos y sus lágrimas.

### III.

Por un estrecho sendero  
Que baja en suave declive  
Hácia unos huertos frondosos,  
Solitarios y apacibles,  
Un hombre de faz severa,  
De barba y cabellos grises,  
Camina con lento paso,  
Débil, silencioso y triste.

Bien al mirarle se advierte  
Que alguna pena le aflige,  
Con la que lucha constante  
Y á la que en vano resiste.

Es Jephté. Cumpliendo el voto  
Que hiciera al Señor, y humilde  
Sacrificando á su hija,  
Logró el mayor imposible  
Que para el amor de un padre  
La imaginacion concibe.

Por eso, aunque no es anciano,  
Su aliento vital se extingue,  
Pues agotó su bravura  
Aquel esfuerzo sublime,  
Y ya, solo ante el sepulcro

De aquella inocente virgen  
Que en el seno del Señor  
Con los ángeles sonrie,  
Sólo ante la tumba helada  
En que los restos existen  
De su hija, halla el consuelo  
Que al cielo anhelante pide.

Vedle, cuál llega y se postra  
Ante una losa que sirve  
De puerta al breve recinto  
Que guarda en estrechos límites  
Aquella prenda de su alma,  
Niña de tiernos abriles,  
De su ayer dulce memoria,  
De su hoy martirio insufrible.

Allí, sometido al yugo  
De la afliccion que le oprime,  
Deja que sus ojos lloren  
Y que su pecho suspire,  
Y aguarda á que Dios se apiade  
Y que la muerte le envíe.

No espera en vano. La noche  
Ya oscurece los matices  
De los campos y las flores:  
El sueño á Jephté le rinde,  
Y en medio de su letargo  
Sus tristes ojos perciben  
Una luz resplandeciente,  
Celestial, inextinguible,  
Que llena todo el espacio,  
Y en cuyo centro distingue  
Una imágen que risueña  
A su encuentro se dirige  
Pisando nubes de plata,  
Rosas, nardos y jazmines.

Es ella; pero su frente  
Rayos de gloria despide;  
Pero en su faz se refleja  
Una dicha indefinible.  
Es ella: su hija adorada,  
Que con dulce voz le dice:

«Padre: el Señor ha aceptado  
El sacrificio que hiciste,  
Y hoy á su reino te llama:  
No llores más, no suspires:  
Ven conmigo á recoger  
El premio que mereciste.»

Jephté levanta sus brazos,  
A Dios mil veces bendice,  
Y al fin su alma venturosa  
Flota en el espacio libre.

.....

Al otro dia Israel



Lloraba muerto á su príncipe,  
 Los mozos y los ancianos  
 Encomiaban sus insignes  
 Virtudes, y los guerreros,  
 Que tanto le amaron, tristes

Y acongojados, quebraban  
 Sus espadas invencibles.

FRANCISCO GARCÍA CUEVAS.

Torrelaguna 24 de Setiembre de 1879.

## LA RESERVA.

El ejército, para no ser sorprendido, no desplega á la vez todas sus fuerzas, no pone en juego todos sus batallones. Deja para ocasion oportuna tropas de refresco que coronen la victoria si sonríe á sus armas la fortuna, ó que aminore y libre en todo evento el grueso de las tropas en uno de esos descalabros que son tan comunes en los contratiempos y azares de la guerra.

Los marinos llevan sobre la obra muerta de sus buques barcos de salvamento, y rodean de cuantas precauciones es posible la nave que corre por la inmensidad de los mares y espera ser de los vientos azotada.

El médico no hace uso de todos sus recursos para quedar desarmado ante la enfermedad insidiosa, agotando los medios de rendirla.

El abogado, según el negocio y la parte que es su adversario, da prueba muchas veces de idoneidad y de talento, dejando para última hora y cerrando con novedad el debate, argumentos y reflexiones que la astucia pudiera, aunque sea aparentemente, enervar.

Tal es, en principio y en el ejercicio de varias profesiones, la cautela con que hay que vivir, y la prevision que reglamenta la conducta.

Por eso los niños deben desde temprana edad acostumbrarse á cierta reserva, no huyendo del trato de las gentes y haciéndose urañños, que eso está reñido con la buena educacion é inutiliza un medio de cultura, sino observando para aprender y guardando discreto silencio para no errar.

El niño se guardará de referir los interiores de su casa, los secretos de la familia, las reprensiones que sus padres impongan á sus hermanos: esas pequeñas nubes que pueden teñir el azul sereno del cielo, que cubre los misterios del hogar.

Yo recuerdo una pobre madre privada de la libertad, y descubierta por la relacion de una niña, hija suya, que habia referido entre sus compañeras con todos los pormenores la falta, y de cuyo relato se aprovechaba la justicia.

Este ejemplo encierra una doble enseñanza. Que la que delinque se



expone á que su propia sangre se vuelva contra ella y la delate. Y que los niños no deben vender los secretos de que la casualidad les hace dueños, pregonando su propia deshonra.

Oid la relacion de un suceso de que casi fuí testigo en estos dias.

Una familia tenía en su mismo pueblo un pariente en delicadísimo estado de salud, y la madre, despues de mandar á sus niñas al colegio, quiso que á la salida le fueran á ver.

El tio aguardaba la visita, y la recibió con agrado.

—¡Si viera Vd. cómo lloraba mi mamá!...

—Pues aquí estuvo esta mañana, y nada la he notado, ni nada desagradable me contó.

—¡Pues eso... por haber estado aquí!...

—¿Qué dices?

—Sí; de aquí se fué llorando. Cree que está Vd. muy malito.

—Vaya; eso no vale nada.

—Y que se muere Vd....

—¡Caramba!!

—Y que ni quince dias dura usted...

—¡Chica, eso es muy fuerte!!

Y el hombre, lo que era natural, principió á pulsarse y á consultar su rostro con el espejo.

En seguida, no repuesto de la sorpresa, llamó á la criada, que ó no habia presenciado lo que la niña referia, ó no queria aumentar la turbacion y sobresalto causados por aquella indiscrecion infantil, la que no pudo ó no juzgó conveniente ratificar la historia, por otro lado veraz.

Demasiado lo conoció el enfermo, que puso fin á la escena que tanto le habia impresionado besando al angelito, que inocente, sí, pero indiscreto tambien, acababa de remover y enconar su herida.

LA BARONESA DEL ZURGUEN.

## LA GIMNASIA HIGIÉNICA.

Uno de los medios más poderosos para conservar la salud, y en muchos casos para recobrarla, si desgraciadamente llega á perderse, es la gimnasia higiénica.

Dispuesto el cuerpo humano para el ejercicio, desfallece sin él, y pronto moriria en brazos de la inercia si la necesidad no viniera á recordarle que la vida pende en gran parte del trabajo.

Cuanto mayor es la voluntad para éste, más aptitud se alcanza; y el gimnasta bien dirigido aumenta en poco tiempo su agilidad y su fuerza de una manera admirable.

El hombre del campo tiene por punto general bastante más vigor que el de la

ciudad, y la costumbre de sus rudas tareas le invisten de poderosas facultades físicas, que desconoce casi completamente el de vida inactiva y sedentaria.

Explicase perfectamente que los primitivos gimnastas asombrasen al público con su agilidad y su fuerza. Habian encontrado el secreto de hacerlas muy superiores á las que eran comunes á los demas hombres; y este secreto, sencillísimo y al alcance de todos, podia compendiarse en solas dos palabras: Trabajo ordenado.

La ley del trabajo es ineludible á toda criatura, y tanto en la vida material como en el campo de la inteligencia no se conoce



mejor talisman para ejecutar verdaderos prodigios.

El hombre, que es espíritu y materia, necesita dos clases de ejercicios para armonizar sus facultades y responder cumplidamente á su destino sobre la tierra.

Es, pues, indispensable trabajar, y trabajar con pensamiento para dominar al trabajo y ser dueño de sí mismo. Con un ejercicio metódico y progresivo, las irregularidades ó desarreglo de los músculos se corrigen, la economía se robustece, la inteligencia cuenta con mejor base para su natural crecimiento, y desaparecen con toda seguridad muchas dolorosas enfermedades y no pocas disposiciones para contraerlas.

Conviene, sin embargo, no olvidar esta observacion de simple buen sentido.

La gimnasia intelectual se desarrolla generalmente á expensas de nuestras facultades físicas, y el ejercicio material, si es un auxiliar poderosísimo para la inteligencia, no basta á enriquecerla sin el estudio y la meditacion.

Por eso es necesario buscar el equilibrio en el empleo de estas fuerzas de orden tan distinto, y por su medio el hombre se hará

superior hasta cierto grado á sus nativas disposiciones.

Hoy la gimnasia, dirigida por la ciencia, está dando resultados sorprendentes en el tratamiento de afecciones que parecían incurables, y pocos serán entre nosotros los que no hayan visto ú oído hablar de algunos de esos casos que bastan por sí solos para acreditar la excelencia de un sistema.

No es suficiente la cualidad de acróbata de primer orden, de vigoroso gimnasta para dirigir un establecimiento, consagrado en su mayor parte á devolver la salud al enfermo, robusteciendo sus desfallecidos ó viciados miembros; es necesario, ante todo, conocer la accion de los aparatos sobre cada uno de los músculos, y regularla y dirigirla con oportunidad y competencia, hasta conseguir satisfactoriamente el objeto deseado.

Sólo así responderá la gimnasia higiénica á su interesante porvenir; sólo así realizará su inmenso fin en la ciencia, acreditando la verdad del apotegma que la sirve de base: «*Mens sana in corpore sano.*»

EMILIO CASTAÑON.

## ACTUALIDADES.

### SUSCRICION

#### EN FAVOR DE LAS VÍCTIMAS DE LAS INUNDACIONES.

	Reales.
<i>Recaudado anteriormente..</i>	200
D. L. A. Alvistur.....	10
D. F. Perez Pando.....	4
D. F. C. y S.....	4
D. N. Flores.....	2
D. N. Carvajal.....	2
D. R. M. y B.....	8
<i>Total hasta hoy.....</i>	230

\*\*\*

El Director de LA NIÑEZ agradece profundamente á la Sociedad madrileña protectora de los animales y las plantas, el oficio con que se ha servido honrarle, dándole gracias por los esfuerzos que en su humilde esfera viene haciendo en pro de los fines de aquella sociedad, y distinguiéndole con el nombramiento de socio honorario de la misma.

\*\*\*

El domingo último se verificó en el Conservatorio de Artes la distribucion de 110 premios, consistentes en libretas de la Caja de Ahorros por valor de 40, 50 y 70 pesetas.

\*\*\*

Damos las gracias más expresivas al Sr. Presidente del Excmo. Ayuntamiento constitucional de Madrid por el ejemplar que se ha servido remitirnos de la *Memoria sobre la administracion municipal de París*, escrita por su Secretario el ilustrísimo Sr. D. José Dicenta y Blanco. Nos ocuparemos detenidamente de este trabajo, especialmente en la parte que se relaciona con la instruccion de la niñez.

\*\*\*

En la tercera Casa Consistorial celebró el 28 del pasado Octubre junta general, bajo la presidencia del Sr. Marqués de San Carlos, la Sociedad madrileña protectora de los animales y de las plantas.

Dióse cuenta de varias comunicaciones importantes de sociedades extranjeras, del



florecente desarrollo de la asociacion y de sus propósitos respecto de nuevas exposiciones, y la junta oyó con satisfaccion la noticia de que la comision de Códigos en la reforma del penal trata de introducir algunas prescripciones que tenderán á establecer de un modo práctico el principio de proteccion á los animales. La Sociedad puede felicitarse del rápido y favorable éxito obtenido por su eficaz y activa propaganda.

Púsose á discusion el proyecto de reforma de Ordenanzas municipales, promoviendo, acerca del mismo, importantísimo debate, y terminó la junta acordando contribuir á la suscripcion nacional para el socorro de los inundados con la cantidad de 1.000 reales.

Los progresos de la Sociedad protectora de los animales y de las plantas son cada día más notables y dignos del estado de cultura de las naciones más adelantadas de Europa.

\*\*\*

Damos muy cumplidas gracias al ilustre general Sr. Ibañez, director del Instituto geográfico y estadístico, por la distincion que con nuestro humilde periódico ha tenido, remitiéndonos un ejemplar de los *Resultados generales del censo de la poblacion de España*, segun el empadronamiento hecho en 31 de Diciembre de 1877. Estos Resultados han sido declarados oficiales por Real decreto de 18 de Abril último.

\*\*\*

El distinguido ingeniero y arquitecto, catedrático del Conservatorio de Artes, don Manuel Antonio Capo, ha empezado á publicar un *Tratado de dibujo en sus aplicaciones á las artes industriales*, que responde á una verdadera necesidad de los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios. Dos son las cartillas hasta ahora publicadas: la primera de *estudios preliminares de dibujo á mano alzada*; la segunda de *dibujo lineal*. La obra completa constará de tres cartillas en su primera serie y de seis en la segunda. Los pedidos pueden hacerse al autor, Peninsular, 5, principal izquierda.



El visitar la mansion de los muertos me parece muy piadoso; pero el atracarse de buñuelos y castañas no lo es tanto ni mucho menos.